

Blasco Ibáñez: *Por España y contra el rey (1924-1925)*

De regreso, en la primavera de 1924, de su viaje alrededor del mundo, que había comenzado en el otoño de 1923, se hallaba Blasco Ibáñez de nuevo en la “Fontana Rosa”, su villa de Menton, ocupado en la publicación de los dos primeros volúmenes de *La vuelta al mundo de un novelista*¹ y saboreando las mieles del éxito internacional que disfrutaba sobre todo desde que fracasado, en 1914, el proyecto de las colonias agrícolas “Cervantes” y “Nueva Valencia”, dejó la Argentina² y fijó su residencia en París. Publicó en ese año la novela *Los Argonautas*, que trataba de la emigración a Hispanoamérica, y cuando, en julio, estalló la Primera Guerra Mundial, se convirtió en cronista de guerra y en autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, una novela que tuvo un éxito de ventas extraordinario. Las crónicas de guerra y esa novela le ganaron, en Francia³, la estima de las élites intelectuales y políticas⁴. En la nota a la edición de 1923 de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* —la primera edición se publicó en 1916—, recordaba que, en plena guerra, se vio obligado a instalarse

RESUMEN. La noticia del pronunciamiento de Primo de Rivera, de septiembre de 1923, sorprendió a Blasco Ibáñez estando a punto de comenzar su luego famoso largo viaje alrededor del mundo. De vuelta a Francia, en la primavera de 1924, tomó en seguida la decisión de actuar. Su empeño fue servirse de la reputación de que gozaba en el extranjero para hacer una campaña de desprestigio del rey y, de ese modo, contribuir a su caída y a que, roto ese eslabón y con él la cadena borbónica, fuera proclamada nuevamente la República. Habían retoñado en él, inesperadamente, los ideales de antes de 1910, año en que abandonó para siempre España.

en una casa de numerosos habitantes, cuyas paredes y tabiques dejaban pasar los sonidos como si fuesen de cartón. [...] Nunca trabajé en peores condiciones. Tuve las manos y el rostro agrietados por el frío; usé zapatos y calcetines de comba

¹ Debió regresar con los volúmenes que dedicó a ese viaje terminados, o casi terminados. Los dos primeros fueron publicados por la editorial Prometeo, Valencia, en 1924, y el tercero en 1925.

² Cfr. Ana María Martínez de Sánchez, *Vicente Blasco Ibáñez y la Argentina*, Valencia, Ajuntament, 1994.

³ Y en España, pero dentro de un círculo más reducido, debido a que el país estaba dividido: unos apoyaban a los aliados y otros, a los alemanes. León Roca, *Vicente Blasco Ibáñez*, Valencia, Ajuntament, 1997, pág. 402, recuerda que la aparición de los cuadernos semanales de *Historia de la guerra europea de 1914*, de treinta y dos páginas y con muchas ilustraciones, «constituye un éxito sin precedentes en España. En esto se observa la sagacidad del hombre de empresa que hay en Blasco Ibáñez. Él se ha adelantado en muchos años al ritmo en que vive y se desenvuelve su patria, porque está pensando en europeo».

⁴ Francisco Madrid, *Los desterrados de la Dictadura*, Madrid, Ed. España, 1930, pág. 103: “Vino la guerra; todos recordarán la campaña que hizo en favor de los aliados. [...] Un día, el señor Poincaré [Raymond Poincaré, Presidente de la República durante la Primera Guerra Mundial], muy emocionado, le dijo:

—Pero ¿a usted qué podemos hacer para agradecerle todo cuanto ha hecho y hace por nosotros? Blasco Ibáñez era ya comendador de la Legión de Honor, desde el año 1909, y pensaban darle el gran Cordón de la Orden, que sólo se concede a los jefes de Estado; pero Blasco Ibáñez rehusó para no romper la tradición y sentar un precedente. De ahí se comprende la gran influencia que gozara Blasco Ibáñez en Francia y en sus centros políticos”.

tiente, para sufrir menos los rigores del invierno. Así escribí *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. La novela imaginada y escrita en un pisito de la rue Rennequin ha dado después la vuelta a la tierra, siendo traducida a los idiomas de todos los pueblos civilizados y obteniendo en algunos de éstos –los más importantes y poderosos– un éxito que nunca llegué a sospechar⁵.

Charlotte Brewster Jordan contrató, en unas condiciones muy ventajosas⁶, la traducción al inglés, que ella misma hizo, de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. La edición de *The Four Horsemen of the Apocalypse*, que salió en Nueva York en 1918, se convirtió en el best seller americano del año 1919, por delante de *The Arrow of Gold*, de Joseph Conrad, y *The Desert of Wheat*, de Zane Grey. Fue entonces invitado a Estados Unidos para promocionar su novela y dar una serie de conferencias que incrementaron allí aún más su popularidad⁷. En 1920, en un tiempo record, le llegó un reconocimiento académico muy especial, que no estaba entonces al alcance de los demás novelistas españoles: fue nombrado Doctor Honoris Causa por la Universidad de George Washington. En el discurso que leyó en el acto anunció su intención de escribir toda una serie de novelas sobre Estados Unidos⁸. Invitado, también entonces, a México, concibió un proyecto novelesco, *El águila y la serpiente*, que no llegó a concluir. En cambio, escribió una serie de artículos sobre México para el *New York Times* y el *Chicago Tribune*, que reunió en *El militarismo mejicano* (1921), libro muy polémico⁹, y publicó *La tierra de todos* (1922), *El paraíso de las mujeres* (1922), *La reina Calafia* (1923), *Novelas de la Costa Azul* (1924), y *La vuelta al mundo de un novelista* (1924-1925). Por aquellos años, se hicieron versiones cinematográficas, en Hollywood, de sus novelas *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1921)¹⁰, *Sangre y arena* (1922) y *Mare nostrum* (1926)¹¹.

⁵ *Los cuatro jinetes del Apocalipsis, Obras completas*, II, Madrid, Aguilar, 1986, pág. 798.

⁶ Cfr. la nota 10. Francisco Madrid, *Los desterrados de la Dictadura*, op. cit., pág. 103, hace, en la primera parte de la cita que sigue, una afirmación que no se sostiene, pues *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* fue traducida al inglés cuando ya había terminado la Primera Guerra Mundial: “Ciertamente, uno de los hechos que más influyeron para que el pueblo norteamericano se lanzase a la guerra en favor de Francia fue la propaganda de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. La novela que, según el mismo Blasco decía, con orgullo infantil y natural, era el libro que se había vendido más, después de la *Biblia*”.

⁷ León Roca, *Vicente Blasco Ibáñez*, op. cit., pág. 453, dice del viaje de ocho meses que hizo Blasco en 1920 a Estados Unidos: «Su labor ha sido fecunda. Ha dado a conocer en Norteamérica la potencia de su pueblo, del cual es el único representante literario. Ha conquistado para las letras españolas un puesto de honor en las universidades norteamericanas. [...] Gracias a las obras de Blasco Ibáñez y a su presencia en Norteamérica, España se ha hecho visible en el mundo anglosajón».

⁸ Blasco Ibáñez, “Discurso en la Universidad George Washington”, *Obras completas*, IV, Madrid, Aguilar, 1987, págs. 1343-1348.

⁹ Cfr. Román Rosas y Reyes, *Las imposturas de Vicente Blasco Ibáñez. Verdades sobre México. Refutación política de la obra intitulada El militarismo mexicano*, Barcelona, Librería Sintet, 1922; y el artículo, en este número, de Paul C. Smith.

¹⁰ Artemio Precioso, que trató a Blasco en Francia, cuenta en *Españoles en el destierro*, Madrid, Vulcano, 1930, págs. 209-210: “El gran novelista español tiene en su vida un éxito material que pocas veces se ha visto. Un día, estando en su regia posesión de la Costa Azul –y perdone el maestro tan poco republicano adjetivo–, le visitó el presidente de una de las más grandes casas cinematográficas de Nueva York. Venía a comprarle sus derechos de autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* para hacer con esta novela –famosísima en el mundo entero y de la cual se han vendido en Estados Unidos cerca de dos millones de ejemplares– un film de gran espectáculo. Y le entregó por dicha autorización 200.000 dólares, o sea, más de un millón de pesetas. ¡Eso es recibir una visita grata!... Pero hay que recordar que la citada novela la vendió en 1916 en 300 dólares a la traductora inglesa [Charlotte Brewster Jordan, norteamericana], y que ésta se ha enriquecido con ella, así como los editores, sin que Blasco Ibáñez recibiese un céntimo más. Justo es que la Providencia, en forma de empresa cinematográfica, le haya proporcionado esa magnífica compensación”.

¹¹ Vicente Marco Miranda, *Las conspiraciones contra la Dictadura, relato de un testigo*, Madrid, Hijos de Tomás Minuesa, 1930, págs. 28-29: “El novelista nos habla de Valencia. Inquieta noticias de la ciudad, pregunta por antiguos amigos, refiere anécdotas de su vida política. Pasea por la habitación, gesticula nerviosamente y se sienta para levantarse de nuevo.

– ¿Ha preparado eso? –le pregunta a Esplá.

Es un contrato que ha de firmar en el Consulado de los Estados Unidos. Vende los derechos de *Mare Nostrum* para llevarla al cine. ¡Unos 40.000 dólares!”.

Su llegada a Francia en 1924, tras el viaje alrededor del mundo, coincidió con la de varios exiliados de la Dictadura, que eran viejos conocidos suyos: Miguel de Unamuno, Santiago Alba, Eduardo Ortega y Gasset, Francisco Maciá, Francisco Madrid, Carlos Esplá... Vicente Marco Miranda recuerda que hubo, además, otros muchos españoles, de diversos partidos y sindicatos de izquierdas, que después del golpe del 13 de septiembre de 1923, empezaron a huir de España y se establecieron en París y en ciudades cercanas a los Pirineos ¹². Valentín del Arco López, que se ha ocupado también de estos grupos, se detiene en algunas de sus publicaciones: *Iberoamérica, Liberión, Tiempos Nuevos, Le Libertaire, Acción, Catalunya y Rossello, La Vanguardia* ¹³...

La noticia del pronunciamiento de Primo sorprendió y preocupó a Blasco Ibáñez como a tantos otros ciudadanos de dentro y fuera de España. La noticia, que le pilló a él estando a punto de comenzar su largo viaje alrededor del mundo, le mantuvo además en vilo porque no sabía si debía, en esas circunstancias, suspender el viaje y ponerse de inmediato, como y donde fuera, al lado de los que fueran a enfrentarse, tal él hubiera deseado que ocurriera, al Directorio. Sobre todos estos extremos tenía más dudas que certezas. Prueba de ello es que antes de emprender el viaje de marras, le escribió el 22 de septiembre esta carta a Alejandro Lerroux, a quien, poniéndose a su disposición, le pidió que le informara y aconsejara:

Villa Fontana Rosa
Menton (Alpes-Maritimes)

22 septiembre 1923

Querido Alejandro:

Como vivo lejos de España y sólo sé de ella lo que cuentan los periódicos franceses, me veo algo confuso para poder apreciar lo que pasa por ahí. Por un lado veo una dictadura militarista; por otro lado leo que los dictadores militares te han llamado para consultarte y tal vez para pedir tu colaboración. Francamente, no sé qué pensar, y te ruego que me envíes dos líneas nada más para que me sirvan de guía. Piensa en mi situación. El 8 de octubre me voy a París y el 20 me embarco para dar la vuelta al mundo. Este viaje alrededor del mundo durará hasta principios de abril de 1924.

Tú sabes que, aunque yo vivo alejado de la política vulgar y ordinaria de los tiempos de paz, soy un republicano a estilo romántico, deseoso de trabajar por el implantamiento de nuestros ideales: directamente o *indirectamente*. También sabes que me tienes a tus órdenes para todo trabajo extraordinario, para toda política que salga de los moldes vulgares ¹⁴.

Si te escribo esta carta es para pedirte que me digas a vuelta de correo si puedo

¹² Cfr. Vicente Marco Miranda, *Las conspiraciones contra la Dictadura*, op. cit., págs. 19-20.

¹³ Cfr. Valentín del Arco López, "La prensa como fuente: España con Honra, un semanario contra la Dictadura de Primo de Rivera", *Studia Historica. Historia Contemporánea*, núm. 6-7, 1988-1989, págs. 116-118.

¹⁴ Este comentario contenía una velada alusión a los violentos encontronazos políticos y personales con Rodrigo Soriano, sobre todo después de 1905, y a la para él inutilidad de la vida parlamentaria de entonces. Soriano y lo que vio siendo diputado le incitaron, en 1909, a abandonar España. A partir de 1910, no volvería a residir en suelo español. Artemio Precioso, *Españoles en el destierro*, op. cit., pág. 207, confirma: "Blasco Ibáñez era un hombre que salió de España asqueado de la política y de sus actores. Cuando le vi en Madrid por vez primera, se mostraba indignado de que algunos que le visitaban en comisiones políticas, le ofrecieran tal presidencia o tal dirección. Blasco había triunfado ya en el extranjero. Y se reía de que algunos creyesen que iba a abandonar la gloria literaria y su labor de novelista, para volver a las pequeñeces pasionales y personales de la política al uso". Un poco más adelante, págs. 208-209, recordaba Artemio Precioso estas palabras del Blasco: "Tal vez el haberme dedicado a la política revolucionaria desde los diez y siete años me libró de esa vida de pereza y crítica negativa que ha atrofiado las facultades de tantos jóvenes en nuestro país".

irme a dar la vuelta al mundo, o si, en vez de esto, debo quedarme aquí o ir a España.
Nada me importa perder el viaje si tú crees que vale la pena desistir de él.
Recibe un abrazo de tu amigo de siempre,
Vicente Blasco Ibáñez¹⁵.

Lerroux le respondió, el 3 de octubre de 1923, que apenas había habido resistencia al golpe y le aleccionó a que no renunciara al viaje. Y le hizo este vaticinio: “Ya no hay solución para la monarquía: la da el golpe de gracia lo mismo que la restauró”¹⁶. El laísmo, que dice no poco del pitoniso Lerroux –tenía Blasco algunos amigos políticos que...– suena horrible y lo del “golpe de gracia”, aunque acertó, ni fue tan fácil ni lo vio Blasco en vida.

Al comienzo de *Una nación secuestrada. El terror militarista en España*, folleto de 1924, recordó Blasco que había estado dudando –se refería ahora al momento del regreso de su viaje– entre dedicarse a su obra de creación y permanecer arrellanado –pero escribiendo continuamente como un poseso¹⁷ – en ese mundo glamuroso del éxito en que se hallaba instalado¹⁸ o hacer piña con esos notorios exiliados –no hace alusión a los otros exiliados que, en los círculos parisinos suyos, que eran los de Unamuno y Eduardo Ortega, carecían de notoriedad– y denunciar públicamente el deterioro de la vida política, social e intelectual de España, que era imputable al rey y al Directorio. La denuncia la hacía como lo que fue siempre: un republicano romántico¹⁹.

Francisco Madrid, en la entrevista que le hizo a Blasco en París poco antes de que iniciara el viaje alrededor del mundo, sacó el tema del golpe militar. Estaba deseoso de saber su opinión. Blasco, un poco incómodo o simplemente evasivo, le respondió que nada sabía de España ni del golpe y que no podía ocuparse de ello porque salía de viaje. Era esta declaración en parte verdad, porque vivía fuera de España y no podía estar del todo al tanto de lo que allí ocurría, y porque, efectivamente, estaba a punto de emprender un largo viaje. Pero no lo era porque en la carta a Lerroux, arriba reproducida, se había interesado por conocer la situación y había dudado entre hacer el viaje o quedarse.

¹⁵ Vicente Marco Miranda, *Las conspiraciones contra la Dictadura*, op. cit., págs. 20-21.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 22.

¹⁷ Carlos Esplá Rizo, *Unamuno, Blasco Ibáñez y Sánchez Guerra en París. Crónicas de París y otros escritos periodísticos; 1916-1930*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil Albert, 2002, pág. 409, reproduce un escrito de Carlos Esplá, donde recordaba este íntimo amigo y colaborador de Blasco: “Estando en París, en medio de la refriega que supuso su activismo político: – Necesito trabajar, producir –dice–. Escribo como la madre que da vida a su hijo, dolorosamente, sin saber si será hermoso o feo, y sin arrepentirme jamás de este suplicio necesario”.

¹⁸ Francisco Madrid, *Los desterrados de la Dictadura*, op. cit., pág. 104:

“– ¿Qué opina de la situación política de España?

Blasco, con un gesto de molestia, me respondió:

– Yo no sé nada de España. Todo el mundo me pregunta lo mismo. Yo no sé nada. Vivo encerrado en mi palacio de Menton, trabajando para un trust norteamericano de mil ochocientos diarios. Además, el sábado por la mañana voy a dar la vuelta al mundo. No sé nada de España, no sé nada de España...”

¹⁹ Artemio Precioso, *Españoles en el destierro*, op. cit., págs. 210-211:

“– ¿Usted sigue siendo republicano?

– Lo seré mientras viva. Yo no soy un político; no lo he sido nunca. Soy un romántico de la República. [...]. No quiero volver a la actividad política para ser un político..., un diputado. [...]. Yo creo servir a mi país haciendo lo que hago ahora: novelas. Y si algún día renacen en España los movimientos para implantar la República, entonces yo, aunque tenga ochenta años... [...]. Yo repito el verso del inmenso Hugo en una situación semejante, cuando Napoleón III parecía victorioso para siempre, y cada vez eran menos los republicanos en Francia: ‘Si sólo queda uno, ése seré yo’”. Reproduce también esta última cita en “Explicación del autor”, *Por España y contra el Rey, Obras completas*, VI, Madrid, Aguilar, 1879, págs. 854.

Cuando de vuelta del viaje, en la primavera de 1924, se enteró de que Unamuno y otros intelectuales y políticos se hallaban exiliados en París, se percató en seguida de que tenía que aprestarse a actuar y que debía hacerlo utilizando toda la reputación de que gozaba en el extranjero para hacer una campaña de desprestigio del rey y, de ese modo, contribuir a su caída y a que, roto ese eslabón y con él la cadena borbónica, fuera proclamada nuevamente la República. Habían resurgido en él, de nuevo, los ideales de antes de 1910, año en que abandonó para siempre España. Esos ideales, que habían quedado entonces orillados, volvían ahora, en 1924, cuando menos lo esperaba, a un primer plano. No estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad que la torpeza del rey le brindaba de volver a soñar sus sueños republicanos.

Confieso que al volver, hace pocos meses, de un viaje alrededor del mundo, quedé sorprendido viendo hasta donde había llegado la disparatada tiranía de un grupo de generales sobre su patria. Todos estamos sujetos a la debilidad e imperfección humanas, y un sentimiento egoísta me hizo vacilar algún tiempo, antes de emprender esta lucha contra el militarismo español. Llevaba yo una existencia tan dulce, dedicada al trabajo literario, lejos de las impurezas de la realidad...

Pero un escritor no debe de imitar al flautista que se recrea haciendo sonar su instrumento en las soledades. Yo soy un hombre de mi época y además soy español. Por azares de la suerte tal vez más que por los propios méritos, mi nombre es conocido en una gran parte de la Tierra y cuento con numerosos lectores en todos los países. Llevo recibidas centenares de cartas de compatriotas míos residentes en Europa y en América pidiéndome que hable, que emplee los medios difusivos de que puedo disponer, para que el mundo conozca la vergonzosa situación de España. He pasado noches enteras sin dormir.

— ¿Tienes derecho, egoísta —me decía una voz interior— a permanecer impasible viendo la anormalidad en que vive tu país, como si fueses un hombre sin patria?... La mejor de las ficciones novelescas que puedas inventar permaneciendo tranquilo, no valdrá nunca lo que un grito de protesta, sincero y enérgico, ante la cruel situación de los tuyos²⁰.

Blasco, que en septiembre de 1924 se trasladó de Menton a París, le comentó allí a Francisco Madrid que, en el discurso que a finales de ese mes iba a pronunciar en Medán, con ocasión del aniversario de la muerte de Zola²¹, iba a dar a conocer una decisión “de gran trascendencia política”. Le dio a Francisco Madrid este anticipo de esa decisión: “Abandono el frac de novelista rico y glorioso para volver a ponerme la americana de pana de los primeros años de *El Pueblo*”²². A continuación, añadió que su actuación consistiría en escribir un folleto sobre la destrucción de la democracia en España, donde denunciaría la carga mayor de responsabilidad que en ello tenía el rey. Su objetivo era asimismo poner en valor que España, contra lo que muchos pensaban —entre ellos el

²⁰ *Una nación secuestrada, Obras completas*, VI, op. cit., pág. 863.

²¹ Zola murió el 29 de septiembre de 1902, fecha en que se celebraba la peregrinación anual de los amigos de Zola a Medán. León Roca, *Vicente Blasco Ibáñez*, op. cit., pág. 488, recuerda que en la peregrinación de 1924, presidida por Blasco, había pronunciado estas palabras: «Nació [Zola] en un tiempo en que era preciso defender la Verdad y la Libertad, y las defendió ofreciendo bienestar, fama y vida...».

²² Francisco Madrid, *Los desterrados de la Dictadura*, op. cit., pág. 107.

rey o, tiempos atrás, Cánovas—, estaba en condiciones de aspirar a ser —siempre, eso sí, que fuera proclamada la República— un país “tan civilizado y tan digno de una democracia como cualquiera otro”²³. Blasco Ibáñez tenía, además, esta otra certeza, que era acaso la principal razón por la que se decidió a actuar:

Nada puede un Gobierno de fuerza contra la labor de un escritor. El Gobierno de fuerza se rompe, y la obra del escritor queda. Zola fue un ejemplo; Masaryk es otro. La lucha es vida: hay que luchar... En las noches claras de Menton no podía dormir... Saltaba del lecho y paseaba por los jardines de mi casa para calmar mis nervios... He hablado con una serie de amigos y conocidos... Tengo fortaleza y juventud en el corazón para llegar al objetivo de la *meua* vida política²⁴.

Habían renacido en él, cuando menos lo esperaba, los casi olvidados ideales de una juventud que, ahora, después de tantos años, nuevamente sentía “en el corazón”. El Directorio le devolvía a aquel tiempo —tuvo en él este efecto²⁵— en que la razón de todas las razones era la Revolución y la República. Estaba otra vez en París, ahora como escritor de éxito, e inesperadamente el Directorio le devolvía a otro París, el de septiembre de 1890 a julio de 1891, tiempo de su primer exilio por haberse enfrentado en las calles de Valencia y Madrid a la Restauración canovista²⁶, y le devolvía también al París de 1914 a 1917, donde fue testigo —y en parte actor— de una guerra en la que se luchaba para preservar los viejos ideales de la Revolución Francesa. En *Historia de la revolución española*, había dedicado sentidos elogios a las por él más admiradas figuras del pensamiento progresista francés. Esas figuras eran un modelo ideal y debían, por ello, ser incorporadas como ineludibles referentes del necesario proceso de transformación de las viejas estructuras mentales y políticas de España:

Rousseau, Voltaire, D’Alambert, Marmontel y todos los grandes que ayudaron a producir la gigantesca Enciclopedia, fueron —decía en *Historia de la revolución española*— los obreros que derrocando los obstáculos que por tanto tiempo se oponían al paso del progreso, abrieron el camino por donde los pueblos van llegando a la verdadera libertad.

La República Democrática es hija legítima del *Contrato Social*²⁷.

Blasco, que hasta 1910, año en que dejó la política y salió de España, fue un propagandista incansable de la República Federal, terminó con este vaticinio su monumental *Historia de la revolución española*: “En la situación presente la

²³ Ibid., pág. 109.

²⁴ Ibid., pág. 112.

²⁵ Artemio Precioso, *Españoles en el destierro*, op. cit., pág. 207, ironizaba: “Uno de los regalos que Alfonso XIII debe a la Dictadura son los famosos folletos de Blasco, que tanto daño han hecho al rey en el mundo entero”.

²⁶ Blasco recordaba en una carta a Isidro López Lapuya, «Nota bibliográfica», *Obras completas*, I, Madrid, Aguilar, 1980, pág. 10: «Hui a París, donde me quedé unos dieciocho meses [en realidad, un poco menos], viviendo en el barrio Latino, estudiando a Balzac y a Zola, y a los escritores naturalistas, yendo a ver a Ruiz Zorrilla, que vivía desterrado en una casa de la avenida de la Grand’Armée, rodeado de una corte de correligionarios, entre ellos el famoso Ferrer, y visitado a menudo por radicales franceses, a quienes conocí, entre otros, a Naquet, Vacquerie, Lockroy y al mismo Clemenceau. Al mismo tiempo, y para ganarme la vida, componía obras por entregas. Así es como escribí una *Historia de la revolución española en el siglo XIX*, la que publicada en España en tres gruesos volúmenes, enriqueció al editor. Hice también traducciones. Y de aquella época data una novela mía popular, por cierto que muy mala: *La araña negra*, inspirada en El judío errante, de Eugenio Sue».

²⁷ V. Blasco Ibáñez, *Historia de la revolución española*, I, Barcelona, La Enciclopedia Democrática, 1890, pág. 18. Estas palabras de la introducción fueron escritas por Blasco Ibáñez y no, como se había anunciado, por Pi y Margall. En el epílogo al tomo III, pág. 881, dejaba de ello constancia el propio Pi y Margall: «No pude por mis muchas ocupaciones escribir el prólogo de este importante libro; escribiré el epílogo».

revolución y la República son lo seguro, lo cierto, lo inevitable: la monarquía y los Borbones son lo casual, lo inesperado, lo que vive merced a uno de esos caprichos que a veces parecen regular la marcha de los pueblos”²⁸.

En “¡Viva la República!”, el último capítulo de *París. Impresiones de un emigrado* (1893), recordaba con emoción haberse mezclado entre los ciudadanos franceses que celebraban en la calle el 14 de julio, día del aniversario de la toma de la Bastilla²⁹. Allí escribió que de aquella “deslumbrante epopeya revolucionaria... surgió esa trinidad moderna que es el in hoc signo vinces de las clases oprimidas y el espantajo de los poderes absurdos y tradicionales: Libertad, Igualdad y Fraternidad”³⁰.

Ahora, en 1924, iba a echar mano, como en esos tiempos pasados, de la pluma, y lo iba a hacer con el mismo radicalismo virulento. No había sido nunca amigo, en estas cuestiones para él sagradas, de medias tintas. No le importó, ni entonces ni ahora, pagar por ello el precio de la cárcel, el exilio o cualquier tipo de persecución o represalia. Conocía muy bien las recompensas del silencio aquiescente, y también el precio que por guardarlo hay que pagar:

Podía haber permanecido indiferente ante los males de mi patria. Para algunos españoles a lo Sancho Panza esto hubiera sido lo oportuno. Los grandes diarios de Madrid, al servicio del rey, me habrían declarado genio, al envejecer un poco; los honores oficiales habrían llovido sobre mí; tal vez hubiese gozado el altísimo honor de que Alfonso XIII me diese algún día la mano, dedicando elogios a mis novelas (sin haberlas leído, pues los deportes no le dejaron nunca tiempo para leer), «honor» que trastornó las cabezas de algunos españoles ilustres, ya desaparecidos o anulados actualmente por su servilismo para la vida ciudadana, los cuales hicieron palpable con dicho trastorno lo poco que valían como hombres.

Pero en tal caso las gentes habrían recordado mi ignominia, hasta después de mi muerte, diciendo así: «Hubo un escritor que en pleno despotismo pudo protestar. Tenía todo lo necesario para cumplir este deber patriótico: vida independiente, fortuna, un nombre conocido en el mundo. Sus escritos eran traducidos a los idiomas más importantes, podía contar con el apoyo de miles y miles de diarios extranjeros, y sin embargo permaneció callado, indiferente a los males de su país. Fue un mal español, un individuo de crueles egoísmos, tal vez obró así por miedo. Dejemos aparte al novelista y digamos que el hombre fue digno de eterno menosprecio»³¹.

Había, pues, también un precio que pagar por guardar silencio, y también, por ello, una retribución. De signo muy contrario a las de arriba. Porque no conferiría “hombres oficiales” ni, con ellos, el deshonor.

Tomada la decisión de actuar “por España y contra el rey”, puso su pluma, cuando era ya famosa en todo el mundo³², al servicio de España y de la Repú-

²⁸ *Ibid.*, pág. 877. Darío Pérez, «Blasco Ibáñez, político», *In memoriam. Libro-homenaje al inmortal novelista V. Blasco Ibáñez*, Valencia, Prometeo, 1929, págs. 132-133, dice que Blasco era «demócrata, por reconocer los derechos individuales; republicano, por reconocer la sustantividad de la forma de gobierno electivo y responsable; federal, por reconocer la estructuración de los pueblos engendrada en un movimiento expreso de abajo arriba».

²⁹ Blasco Ibáñez, *París. Impresiones de un emigrado*, Obras completas, IV, op. cit., págs. 1074-1078.

³⁰ *Ibid.*, pág. 1074.

³¹ *Lo que será la República*, Obras completas, VI, op. cit., págs. 956-957.

³² Francisco Madrid, *Los desterrados de la Dictadura*, op. cit., págs. 103-104: “Blasco Ibáñez, admirado en Norteamérica y en el Imperio Británico, amigo de Francia y de otros países, fue un personaje de mucha influencia internacional”.

blica. Se instaló en un cuarto del parisino Hotel del Louvre, frente a la avenida de la Ópera, y le fue dictando a Carlos Esplá los capítulos del folleto *Una nación secuestrada. El terror militarista en España*: “Cada mañana, cuando aún no habían sonado las nueve y medía, llegaba Carlos Esplá, convertido en mecanógrafo del gran escritor, al Hotel del Louvre. Se encontraba el autor de *La barraca* levantado y en pijama. – Vamos a trabajar... Capítulo primero...”³³.

Blasco estaba decidido a hacer lo posible y lo imposible para que su folleto llegara al mayor número de lectores, de dentro y de fuera de España. De dentro, porque quería decir a los españoles lo que, desde el interior, debido a la censura, nadie podía decirles. A su folleto solamente se tendría acceso, por tanto, de manera clandestina. De fuera, porque había que desenmascarar al rey y a su Dictador. Era una doble labor de zapa que convergía en un mismo objetivo: la sustitución de la monarquía por la República³⁴. La primera edición de *Una nación secuestrada. El terror militarista en España*, que tenía 23 páginas, se publicó en noviembre de 1924 en una imprenta de París³⁵. Se tradujo, casi a la vez, al francés³⁶ y al inglés (dos ediciones, una aparecida en Inglaterra y otra, en Estados Unidos³⁷). Las cifras que da Carlos Esplá son tan enormes que resultan difíciles de creer: “En castellano se hace una tirada de un millón de ejemplares³⁸. En francés, de 150.000. Como Blasco esperaba, el folleto causa sensación. El Hotel del Louvre se llena de periodistas, especialmente norteamericanos, que solicitan declaraciones del novelista”³⁹.

Mateo Miranda, que no da una tirada tan grande, recuerda que a Blasco se le ocurrió la siguiente manera de introducirla en España:

– Yo creo –dice [Blasco a Mateo Miranda]– que puede usted entrarlo por Va-

³³ Ibid., pág. 119.

³⁴ Francisco Madrid, *ibid.*, págs. 118-119, fue testigo de que cuando se conoció la noticia de que Blasco iba a escribir “un libro contra la política dictatorial”, se acercaron al Hotel del Louvre, donde se hospedaba, “tres o cuatro editores” franceses para contratar el libro, y él les dijo que con este libro no quería “hacer ningún negocio”. Su única preocupación era que estuviera bien repartido y que pudiera ser ampliamente leído. Lo mismo dijo a los editores de otros países que le fueron a visitar:

“... No se trata de ningún negocio editorial; se trata, sencillamente, de un acto político, ¡y tan político! Ahora que no me entretengo en pequeñas operaciones de escoger... No voy a pelearme con los actuales dictadores o con los que vengan, que pueden venir. Tiro más alto. Voy contra el que tiene la responsabilidad de todo lo que pasa, y pasará. Soy republicano, y entiendo que ya es hora de que la República española sea un hecho y no una ilusión... No nos entenderemos con nadie que no sea republicano. Y ya es sabido que, para que haya república en España, lo primero que hay que hacer es derribar la monarquía...”

³⁵ Podría muy bien haber sido en la imprenta que tenía en París el valenciano Juan Durá. Cfr. la nota 46.

³⁶ Apareció con otro título: *Alphonse XIII démasqué. La terreur militaire en Espagne*, trad. Jean Louvre, París, Flammarion, 1924. Según cuenta Francisco Madrid, *Los desterrados de la Dictadura*, op. cit., págs. 130-131: “Apareció el libro de Blasco Ibáñez [en francés] al cabo de un mes de ser escrito. Fue un extraordinario éxito de venta. Cada día se hacían nuevas ediciones. Los escaparates de las librerías estaban llenos. Por cierto que el libro de Blasco sufrió un pequeño calvario editorial. Quiso darlo a *La Revue de Paris*, donde él colaboraba, y se creyó en el deber de ofrecerlo al director de la citada revista; pero éste, después de haber aceptado, declinó el honor. Parece ser que el embajador, señor Quiñones de León, intervino cerca de la dirección de *La Revue de Paris* rogándole que no publicase aquellos artículos. Y el director creyó más tarde, después de haberlo aceptado, que sus páginas no eran propicias para publicar un pamphlet. Blasco Ibáñez, libre del compromiso moral que creía tener, aceptó las condiciones de la Casa Flammarion, ofrecidas por los hermanos Max y Alex Fischer, entonces directores de aquella editorial. Uno de los gerentes de la Casa Flammarion me dijo: —Se han llegado a vender cincuenta mil ejemplares en un solo día. No creo que ningún otro libro haya llegado a esta cifra en tan poco tiempo”.

³⁷ También con el nuevo título: *Alphonse XIII Unmasked. The military terror in Spain*, trad. Leo Ongle, Nueva York, Dutton, 1924, y Londres, E. Nash and Grayson, 1925. La edición en inglés prescinde de los tres primeros párrafos del primer capítulo, en los que Blasco habla de su alejamiento de la política y de los problemas que le iba a traer la publicación del folleto, y empieza por el párrafo cuarto. Este cambio y la traducción de “Al lector”, título del primer capítulo, por “Machine-gun Government”, tienen un efecto fulminante: “Spain is to-day a nation under the yoke. She cannot speak out; she is gagged; she cannot write; her hands are bound. You may wonder why the Spanish people do not rush into the street to protest against this enforced slavery”.

³⁸ Más difícil de creer es aún la cifra que se da en una nota incluida al comienzo de la edición francesa. Se dice allí que en español se había hecho una tirada de dos millones, destinada a España y a Latinoamérica.

³⁹ Carlos Esplá Rizo, *Unamuno, Blasco Ibáñez y Sánchez Guerra en París*, op. cit., pág. 400.

lencia, por las costas de Valencia, al uso de los antiguos contrabandistas, los del Cañamelar y Cap de Fransa, como ocurre en *Flor de Mayo*. Serán unos 100.000, acaso 200.000 ejemplares, sólo para España. Hay que buscar un barco que llegue a las costas del Puig, por ejemplo. Allí una legión de aquellos bravos marineros tomará los bultos, debidamente acondicionados, y los trasladará a alguna casa, que ellos o usted buscarán. Ya luego hay que ver el modo de que el mismo día aparezcan en toda la Nación ⁴⁰.

Dejando Blasco curso libre a la imaginación, un predio donde se sentía muy a sus anchas, se le ocurrió también que “no sería difícil que también unos aeroplanos recorriesen España lanzando folletos”⁴¹.

En una nota que aparecía en *Una nación secuestrada. El terror militarista en España*, hacía Blasco este ruego-explicación:

LECTOR: Si vives en España procura que este escrito circule mucho. Dalo a leer a tus compatriotas. Si vives en el extranjero, esfuérzate por hacerlo entrar en España y con ello prestarás un enorme servicio a la liberación de un país esclavizado actualmente.

Para la introducción en España del presente folleto, y de otros que iré publicando oportunamente, he adquirido dos aeroplanos que llevan los nombres de “Libertad” y “República Española” ⁴².

Todos los españoles amantes de la regeneración de su patria deben atender y ayudar a los hombres de buena voluntad que tripulan dichos aeroplanos cuando aterricen en España.

Agradezco de antemano cuanto se haga en favor de estos valientes colaboradores que exponen su vida por noble causa ⁴³.

Debido a las dificultades de pasar ejemplares de Francia a España, del segundo folleto, *Lo que ha de ser la República española*⁴⁴, que apareció en mayo de 1925, Sigfrido Blasco se encargó de publicarlo clandestinamente en las prensas de El Pueblo, que dirigía entonces Félix Azzati. Según Mateo Miranda, “ayudaron a Sigfrido, en la distribución, Just, Pons y otros amigos de Valencia y de otros puntos de la provincia y el resto de España”⁴⁵.

⁴⁰ Vicente Marco Miranda, *Las conspiraciones contra la Dictadura*, op. cit., pág. 30.

⁴¹ Ibid., pág. 30.

⁴² Marco Miranda, *ibid.*, pág. 42, a quien Blasco le había pedido que se encargara de hacer gestiones en Sète, para desde allí transportar por barca ejemplares del folleto a España, escribe: “Entretanto, en España habían entrado ya folletos, aunque en escaso número, y las autoridades vigilaban con mayor celo. Blasco, para despistarlas, había dicho que unos aeroplanos volarían por toda la Península y la llenarían de papel. Echóse a volar la fantasía de las gentes y cada día aseguraban que los aeroplanos habían volado en un punto de la nación. Tan pronto se les veía en Burgos como en San Sebastián o Coruña. ¡Y la carga dormía en el almacén de Sète!”.

Finalmente, con no pocas dificultades, logró Marco Miranda, *ibid.*, págs. 44-45, que unas barcas de contrabandistas transportaran del puerto de Sète al de Alicante, camufladas en unos barriles, varios centenares de ejemplares del folleto: “Los folletos, que, apilados, formaban un montón muy respetable, fueron depositados en gran número de cajones, en los que pegamos elegantes etiquetas, impresas al efecto. [...] Y el tren se las llevó a Madrid, Barcelona, Coruña, Zaragoza, Valladolid, Valencia y otras capitales. Desde algunas fueron repedidas a otros puntos, y casi el mismo día apareció España inundada de folletos. Sólo una caja fue descubierta en Vigo, porque por error no fue a retirarla quien poseía el talón. En Madrid y Barcelona fueron repartidos más de veinte mil ejemplares y diez mil en Valencia. En esta ciudad se había hecho unos días antes una tirada de cuatro o cinco mil. En ella intervinieron Sigfrido Blasco, Just, Senén Pons y otros amigos”.

⁴³ Esta nota, que encabeza la primera edición de *Una nación secuestrada* —se puede consultar por internet—, no se incluye en *Por España y contra el rey, Obras completas*, VI, op. cit.

⁴⁴ Francisco Madrid, *Los desterrados de la Dictadura*, op. cit., pág. 160: “Si el primer manifiesto [Una nación secuestrada] era de una violencia extraordinaria, hecha a conciencia por crearla conveniente el político republicano, el segundo tenía la estructuración necesaria para poderse declarar como programa de partido republicano”. Traducción al francés de este folleto: *Ce que sera la République espagnole*, trad. Jean Louvre, París, Flammarion, 1925.

⁴⁵ Vicente Marco Miranda, *Las conspiraciones contra la Dictadura*, op. cit., pág. 46.

Blasco reunió, en marzo de 1925, esos dos folletos y los artículos que publicó en *España con honra* – “periódico que hemos fundado en París un grupo de patriotas”⁴⁶ –, en un librito, *Por España y contra el rey*, que publicó en la editorial Excelsior⁴⁷.

En la “Explicación del autor”, nota previa a *Por España y contra el rey*, volvía Blasco a las fantasmagorías. No era a ello ajeno la tendencia, persistente en él, a la autoexaltación. El ego de Blasco, enorme, muy enorme, se hinchaba y se hinchaba... hasta que explotaba. Y entonces ya no paraba de lanzar afuera, al aire, una traca de palabras:

Para evitar que mis escritos fuesen leídos en España, Alfonso XIII y el Directorio colocaron tropas en las fronteras de Francia y Portugal, casi un ejército de observación; movilizaron las fuerzas marítimas y aéreas; torpederos e hidroaviones vigilaron el Mediterráneo dispuestos a dar caza a los buques y aeroplanos que transportasen mis folletos. Todos los españoles en cuyos bolsillos encontró la Policía alguna de mis publicaciones políticas fueron llevados a la cárcel. Y después de ejecutar este plan de aislamiento para que España no conociese la verdad, los redactores de ciertos periódicos servilmente afectos a Alfonso XIII –unos por vanidosillos, otros por aprovechamiento personal– emprendieron la refutación de lo que yo había escrito, pero sin permitir que nadie leyese el texto refutado. Fue una conducta semejante a la de los profesores de filosofía en los colegios de jesuitas, que enseñan a sus alumnos las contestaciones a los más célebres filósofos, pero se cuidan de evitar que conozcan lo que estos filósofos dijeron⁴⁸.

Relacionó Blasco su nueva entrada en la arena de la cosa pública con el derrotero trazado –tenía una marcada tendencia al gesto grandilocuente– por *hommes de lettres*, Hugo y Zola, que admiraba profundamente:

Tenemos gloriosos maestros cuya conducta pensamos imitar. Víctor Hugo, durante su campaña de dieciocho años, dirigida desde la isla de Guernesey contra el despotismo de Napoleón III, no hizo caso de injurias ni de retos. Emilio Zola en el proceso Dreyfus marchó contra los enemigos de la Verdad, no concediendo atención a las vociferaciones de adversarios oscuros. Nosotros seguiremos igualmente una marcha rectilínea, sin oír a los perros que ladren en los bordes del camino⁴⁹.

⁴⁵ Vicente Marco Miranda, *Las conspiraciones contra la Dictadura*, op. cit., pág. 46.

⁴⁶ Marco Miranda, *ibid.*, págs. 32-33: “Esplá me habla de España con honra, aquel valiente semanario, el primer grito de guerra que desde el extranjero lanzaron hombres de España. Se tiraba en una modesta imprenta de un valenciano, Juan Durá, hijo de Cullera. Obrero inteligente y activo, se trasladó a Francia y estableció su industria. Allí recibía a todos los compañeros que llegaban de España y no tenían trabajo. Por allí desfilaron Vidiella, Bajatierra, Insa, Carbó y otros. Algunos conocían el arte de la tipografía; otros eran panaderos, carpinteros, maestros, albañiles, y todos trabajaban en la imprenta. El escaso rendimiento de los que desconocían el oficio hacía absurdas las cuentas de Durá. Era comunista. Un comunista-blasquista, y con Blasco Ibáñez sostenía acaloradas discusiones acerca del comunismo. Blasco exponía razones que a Durá lo llenaban de indignación, y acababan todos riendo como buenos amigos. Esplá y Durá realizaron una admirable labor publicando España con honra. El uno lo dirigía y lo imprimía el otro; pero, además, entre los dos llenaban y pegaban fajas, llevaban la administración y se ingeniaban, acudiendo a mil ardidés, para introducir el periódico en España. En él colaboraban Blasco Ibáñez, Unamuno, Ortega y Gasset y otros emigrados, así como no pocos amigos que continuábamos viviendo en nuestro país”.

⁴⁷ Excelsior, una editorial sita en el número 27 de quai de la Tournelle, París, tenía un pequeño fondo de libros en español, principalmente de autores hispanoamericanos. Me gustaría tener más información sobre esta editorial. Poca es la que, a pesar de mis intentos, he conseguido recabar.

⁴⁸ *Por España y contra el rey*, *Obras completas*, VI, op. cit., págs. 855-856.

⁴⁹ *El novelista y el rey (Artículos publicados en España con honra)*, en *Por España y contra el rey*, *Obras completas*, VI, op. cit., pág. 908. Blasco Ibáñez iba, en suma, a enfrentarse a los militares como lo hiciera Zola, en 1898, en el «affaire Dreyfus». En aquel entonces había escrito Blasco Ibáñez en *El Pueblo*, “El heroísmo de Zola”, “Si Zola fuese español!” y un “Mensaje de consuelo y adhesión” con treinta y dos mil firmas de sus conciudadanos valencianos. Cfr. el relato que el propio Blasco Ibáñez hizo de ese mensaje de adhesión en el artículo “Alma valenciana”, *Obras completas*, VI, op. cit., págs. 1158-1160. Cfr. también Rafael Pérez de la Dehesa, “Zola y la literatura española finisiclar”, *Hispanic Review*, 39, enero de 1971, págs. 49-60.

Se refería, al final de esta cita, a los ladridos que habían empezado a dar quienes, en España, le estaban atacando –volvía una y otra vez a esta cuestión– por haberse propuesto cumplir la “misión noble y grande” de ser “con otros españoles eminentes, la voz de una España que vive atada y amordazada”⁵⁰. Esos ataques estaban orquestados por el monarca y Primo de Rivera, y por quienes seguían, en el interior de España, sus dictados⁵¹. En cuanto a esos que se prestaron a hacer ese papelón, lamentaba que se había equivocado con ellos. Aludía, sin nombrarles, a aquellos por los que había sentido admiración y amistad. En esos casos, le había cegado el no haber calibrado bien su verdadera catadura moral. Ello le había conducido a incurrir “en cándidas ilusiones”⁵². Le dolía sobre todo que le acuaran de haber escrito en Francia contra España. Tal manera de argumentar le parecía una patraña. Y concluía: “Vivimos planos espirituales y morales muy distintos, y no es fácil que volvamos a encontrarnos nunca. Yo soy mal patriota porque digo a mi país la verdad áspera y amarga, como son casi siempre los medicamentos salvadores. Alfonso XIII y sus feudatarios son buenos patriotas cuando engañan a España...”⁵³.

Blasco daba por sentado, desde antes de meterse de lleno en aquel lodazal del Directorio, que tendría que pagar una gruesa factura. No iba desencaminado. Tras la publicación, en noviembre de 1924, de *Una nación secuestrada* pasó a ser considerado en España *persona non grata*⁵⁴. Se ordenó el embargo de sus bienes⁵⁵. El Ayuntamiento de Valencia retiró la placa de la plaza que le había sido dedicada, y el resto de placas rotuladoras de las calles y plazas de todas las capitales y pueblos de España que llevaban su nombre corrieron la misma suerte.

⁵⁰ *El novelista y el rey (Artículos publicados en España con honra)*, op. cit., pág. 907.

⁵¹ La monarquía tardó poco en dar respuesta a los ataques de Blasco. El rey, y quienes cumplieron el encargo de hacerlo, eran gente de poca entidad. Cfr. los panfletos –era una guerra de panfletos– de J. M^o. Carretero, “El caballero audaz”, *El novelista que vendió a su patria o Tartarín revolucionario*, Madrid, 1924; José M.^o Lacom y Buxó, barón de Minguela, *Por España y por el Rey. La verdad en su lugar*, Madrid, 1925.

Vicente Marco Miranda, *Las conspiraciones contra la Dictadura*, op. cit., págs. 31-32, describe al grupo de exiliados de París, en su café de reunión diaria, “al día siguiente” de haber salido la traducción al francés de *Una nación secuestrada*: “Al día siguiente, por la tarde, vamos a la *Rotonde*, el famoso café, centro de artistas y de conspiradores de todo el mundo; gentes de los países más remotos; vidas inquietas, abrazadas a un noble ideal. A la izquierda de una de las puertas de entrada se halla la Peña de los españoles; de los que gesticulan y hablan a gritos. Allí, D. Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset, Corpus Barga, Francisco Madrid, escritores y periodistas, médicos, obreros. Blasco habla de su folleto. Madrid, excelente reportero, nos trae una noticia. Un hijo de Martínez Anido está en París y pretende que el *Caballero Audaz* escriba un ‘panfleto’ contra Blasco y otro contra Unamuno. Ambos escritores comentan la noticia con un expresivo levantar de hombros y siguen hablando de otras cosas. Llegan unos estudiantes y hablan de revolución. Se anima el rostro de Ortega y Gasset, y Corpus Barga se muestra dispuesto a empuñar un fusil y atravesar la frontera. Hablamos todos a una y los demás concurrentes nos miran con gesto de admiración. Saben que somos españoles, que nos conspiramos, que nos preocupamos por la libertad. A quien lo ignora, ya el camarero se encarga de advertírselo. Blasco sonrío, Unamuno pone cara fosca y se dispone a leer nos un romance”.

⁵² “Explicación del autor”, *Por España y contra el rey*, op. cit., pág. 856.

⁵³ *Ibid.*, págs. 856-857.

⁵⁴ Carlos Esplá Rizo, *Unamuno, Blasco Ibáñez y Sánchez Guerra en París*, op. cit., pág. 402: “Un coronel de la Guardia Civil propone que se le quite la nacionalidad española”.

⁵⁵ *El novelista y el rey (Artículos publicados en España con honra)*, op. cit., pág. 916: “Por la publicación de mi primer folleto –a pesar de que fue impreso en París– se me han instruido dos procesos en España, como ‘reo de lesa majestad y de tentativa contra el orden público’: uno por un juez civil y otro por un juez militar, ordenando ambos el embargo de mis bienes. Pero a Alfonso XIII le pareció poco esto, y tuvo la osadía de querer extender su persecución a Francia, como si aún reinasen en ella los Borbones, como si no hubiese existido la famosa Revolución, ni el pueblo francés fuese una República”. En carta de Blasco –cfr. *ibid.*, pág. 917– a monsieur Herriot, Presidente del Consejo de Ministros de Francia, al que llama su “ilustre compañero de Letras y amigo”, le agradeció, ni más ni menos, “las palabras afectuosas que me dedicó en su discurso al comentar ante la Cámara de Diputados la demanda de Alfonso XIII para mi procesamiento en Francia por el libro que he escrito contra él y contra la tiranía militarista.[...] Alfonso XIII ha desistido también de perseguirme al enterarse de que en mi proceso iban a comparecer más de cien testigos de nombre célebre, escritores famosos de Francia y del extranjero, antiguos jefes de gobierno, ilustres políticos de Francia, Inglaterra, Bélgica, Italia, España, etc. Este proceso, en el que me habrían condenado cuando más a un franco de multa, iba a convertirse en el proceso de Alfonso XIII y la tiranía militarista española ante la opinión del mundo entero. Y el comediante de siempre ha querido presentar su pánico y su huida como un acto generoso”.

te. Su familia, que vivía en España, sufrió registros domiciliarios⁵⁶. Se le cerró a cal y canto el apoyo del Gobierno para la propuesta de su candidatura al Premio Nobel de Literatura y se sintió obligado, en tales circunstancias, a renunciar a la candidatura a un sillón de la Academia Española⁵⁷.

Nada de esto, por mucho que le pudiera sorprender el cariz que había tomado, le pilló, como digo, del todo desprevenido. Era consciente de que tendría que pagar un precio por enfrentarse a la Dictadura y a Alfonso XIII, a quien él consideraba el principal responsable de aquel grave desaguado histórico. En “Al lector”, capítulo primero de *Una nación secuestrada*, había escrito: “Si abandono mi dulce retiro es para decir las cosas tales como son, señalando al verdadero autor de los males que sufre España”. Y haciendo suya la orden de Nelson en Trafalgar: “Disparad al casco, no a la arboladura”, añadió: “La arboladura en el presente caso son los generales de opereta o de drama policíaco que forman el Directorio. El casco es el rey. Y yo, español, declaro desde el primer momento, por patriotismo, por decoro nacional, que tiro contra Alfonso XIII”⁵⁸. Republicano de toda la vida, la ocasión le venía que ni pintada para lo que siempre había sido su principal proyecto político: ayudar a derrocar a la monarquía y que fuera proclamada la República⁵⁹.

La alusión a los “generales de opereta” del Directorio la justifica, en una primera instancia, la mera lectura del manifiesto, en el que Primo anunció los motivos del golpe del 13 de septiembre. Blasco, por centrarme solamente en él, debía pensar que Primo era un figurón salvapatrias y su manifiesto palabrería cuartelera:

Españoles: Ha llegado para nosotros el momento más temido que esperado (porque hubiéramos querido vivir siempre en la legalidad y que ella rigiera sin interrupción la vida española) de recoger las ansias, de atender el clamoroso requerimiento de cuantos amando la Patria no ven para ella otra salvación que libertarla de los profesionales de la política, de los que por una u otra razón nos ofrecen el cuadro de desdichas e inmoralidades que empezaron el año 98 y amenazan a España con un

⁵⁶ Cfr. León Roca, *Vicente Blasco Ibáñez*, op. cit., págs. 492-497.

⁵⁷ León Roca, *ibid.*, pág. 492, reproduce fragmentos de la carta de Blasco en la que renunciaba, tras empezar su campaña contra Alfonso XIII, a la candidatura a la Academia.

⁵⁸ *Una nación secuestrada*, op. cit., págs. 863-864. Francisco Madrid, *Los desterrados de la Dictadura*, op. cit., pág. 127: “-Yo no me ando por las ramas, como los monos. Yo tiro al tronco. Y mi hacha da certera en el árbol hasta hacerlo caer”. Carlos Esplá Rizo, *Unamuno, Blasco Ibáñez y Sánchez Guerra en París*, op. cit., pág. 402: “El novelista se apresta al contrataque: ‘El folleto ha sido fuego de artillería –dice con entusiasmo–. Ahora dispararemos la ametralladora’”.

⁵⁹ Artemio Precioso, *Españoles en el destierro*, op. cit., pág. 227: “Siempre he tenido las mismas ideas políticas y puedo afirmar que moriré fiel a ellas. El estudio ha trastornado varias veces mis creencias literarias y sociales. En las creencias políticas soy de una firme inmutabilidad. Allá donde yo esté existirá siempre un republicano”. Carlos Esplá Rizo, *Unamuno, Blasco Ibáñez y Sánchez Guerra en París*, op. cit., pág. 399: “- Hay que acabar con toda esta porquería –dice [Blasco] a aquel amigo mío, periodista [Francisco Madrid], que es como si fuera yo mismo. ¿Quiere ayudarme? Búsqueme antecedentes, datos, reúname cuanto encuentre para que esté yo bien informado. Volveré a la lucha republicana. Voy a escribir algo terrible contra esa gente. A ver si esta vez implantamos la República... En un momento ha tomado la decisión, que se convierte en actividad frenética, trepidante”. Vicente Marco Miranda, *Las conspiraciones contra la Dictadura*, op. cit., pág. 26: “Había de ser [Una nación secuestrada] una acusación formidable contra los gobernantes y singularmente contra quienes los amparaban. Sería también un grito de combate que enardeciera a los luchadores despiertos y animase a los dormidos. El ilustre novelista tenía gran fe en ese folleto, escrito con entusiasmo hondamente patriótico y encendido de amor a la libertad. Creía que la sensación que seguramente causaría en España se revelaría luego en un movimiento del pueblo para implantar la República. Al efecto, recogió datos que le proporcionarían hombres que, por haber gobernado, conocían ciertas intimidades que la opinión comentaba, aunque sin detalles concretos y con visos de verosimilitud. Fue el Sr. Alba, entre otros, quien suministró al escritor noticias, cifras y anécdotas de un positivo valor”.

próximo fin trágico y deshonoroso. La tupida red de la política de concupiscencias ha cogido en sus mallas, secuestrándola, hasta la voluntad real⁶⁰.

Este movimiento es de hombres: el que no sienta la masculinidad completamente caracterizada, que espere en un rincón, sin perturbar, los días buenos para que la Patria preparemos. ¡Españoles! ¡Viva España y viva el rey!

Queremos vivir en paz con todos los pueblos y merecer de ellos para el español, hoy, la consideración; mañana, la admiración por su cultura y virtudes. Ni somos imperialistas ni creemos pendiente de un terco empeño en Marruecos el honor del Ejército, que con su conducta valerosa a diario lo vindica. Para esto, y cuando aquel Ejército haya cumplido las órdenes recibidas (ajeno en absoluto a este movimiento, que aun siendo tan elevado y noble no debe turbar la augusta misión de los que están al frente del enemigo), buscaremos al problema de Marruecos solución pronta, digna y sensata.

El país no quiere oír hablar más de responsabilidades, sino saberlas, exigir las, pronta y justamente, y esto lo encargaremos con limitación de plazo a Tribunales de autoridad moral y desapasionados de cuanto ha envenenado hasta ahora la política o la ambición. La responsabilidad colectiva de los partidos políticos la sancionamos con este apartamiento total a que los condenamos, aun reconociendo en justicia que algunos de sus hombres dedicaron al noble afán de gobernar sus talentos y sus actividades, pero no supieron o no quisieron nunca purificar y dar dignidad al medio en que han vivido. Nosotros sí queremos, porque creemos que es nuestro deber, y ante toda denuncia de prevaricación, cohecho o inmoralidad debidamente fundamentada, abriremos proceso que castigue implacablemente a los que delinquieron contra la Patria, corrompiéndola y deshonorándola.

No era mencionada, en ese manifiesto, plagado de falacias, baladronas y vaciedades, la verdadera causa del golpe: evitar que se promoviera una investigación en las Cortes y se discutiera en ese foro la responsabilidad directa del rey y de varios generales en el fiasco de Annual, la mayor y más grave derrota militar del ejército español en y fuera del suelo marroquí.

El desastre, que era, se mirara como se mirara, mayúsculo, provocó una grave crisis política. En agosto de 1921 dimitió el Gobierno Allendesalazar y le substituyó uno de concentración nacional presidido por Antonio Maura. No le quedó a Maura más remedio, los ánimos estaban en todo el país muy caldeados, que encargar a un general, Juan Picasso González, que redactara un informe, el posteriormente llamado expediente Picasso, sobre lo ocurrido en Annual. Según el expediente, la derrota se saldó con la muerte de 10.973 españoles y 2.390

⁶⁰ Rodrigo Soriano, correligionario político y amigo de Blasco, primero, y enemigo político y personal, después, coincidía en "Postdata", *Bajo el sable. La Dictadura (Treinta años de combates)*, Buenos Aires, Claridad, 1933 (?), pág. 219, con lo que se dice en este párrafo del manifiesto de Primo, pero para Soriano, como para tantos otros, los culpables eran, por orden de importancia, Alfonso XII, Alfonso XIII y una plétores de generales, a los que Berenguer, sucesor de Primo en el Directorio, ponía la tragicómico-esperpéntica guinda: "Hemos recorrido, ya, lectores, el largo camino que siguió la militarada española desde la guerra de Cuba a la subdictadura de Berenguer. Treinta y dos años [1898-1930] de asaltos al poder no han bastado para que pueda España gobernarse por sí misma. Perdió las colonias, sufrió desastres militares, toleró dos dictaduras. Ningún país, de los de Europa, cuenta, en tan escasos años, tantos infortunios, vergüenzas tantas. Y, sin embargo, al cabo de treinta y dos años si bien el espíritu español parece, ahora, recobrar nuevos bríos, mucho temo que se vuelva a un pasado vergonzoso. Durante los treinta y dos años gobernaron todos los fracasados, fueron ministros los derrotados en Cuba, arzobispos los que entregaran Filipinas, grandes personajes cuantos unieron sus nombres a desastres. Y, hoy mismo, ocupa la presidencia del Consejo quien está pendiente, ante la opinión, de gravísimo proceso. Y el mayor responsable de todos sigue siendo rey. Los responsables directos de la Dictadura, incapaces de mantener contra ella el poder civil, vuelven, a la vida pública como si para ellos nada hubiera ocurrido en estos seis años de ignominia. El caciquismo y el militarismo, imperan con más bríos que cuando la guerra de Cuba. ¡Treinta y dos años de vergüenzas para nada han servido! 'Todo está igual, parece que fue ayer'. Tal es el lamentable final, y resumen, de este libro que quiere historiar la vivida historia del militarismo".

indígenas frente a sólo 1.000 rifeños⁶¹. A ese altísimo número de víctimas de aquella sinrazón –el número exacto lo siguen debatiendo los historiadores– hay que añadir una importante pérdida de armamento, que cayó –a un despropósito se sumaba otro despropósito– en manos de los rifeños, que lo podrían utilizar contra las tropas españolas.

El expediente Picasso fue remitido a las Cortes en abril de 1923. Tras ser allí debatido, se decidió celebrar, pasadas las vacaciones de verano, un pleno y votar las resoluciones. Ese pleno no se pudo celebrar porque el 13 de septiembre tuvo lugar el golpe de Primo. Se evitaba –era una salida a la desesperada y sin calcular los efectos que iba a tener a corto y a medio plazo–, la exposición y condena de las responsabilidades contraídas por Alfonso XIII, y algunos generales de su máxima confianza, en el desastre de Annual. El golpe de Estado de Primo –un “movimiento de hombres”, un acto de “masculinidad...”– salvaba a la monarquía, y a los culpables del ejército, pero, a la vez, el ejército condenaba, como bien había pronosticado Lerroux⁶², a la monarquía y se condenaba a sí mismo. Las elecciones de abril de 1931 dejaron de ello constancia. El expediente Picasso permaneció oculto hasta la proclamación de la Segunda República⁶³.

Primo y los generales de la cúpula del Directorio eran actores por delegación de una ópera bufa –se había quedado corto Blasco Ibáñez cuando les llamó “generales de opereta” –, en la que se presentó –o representó– un golpe de Estado –un “movimiento de hombres”, un acto de “masculinidad...”– como un movimiento para salvar a la Patria cuando se trataba de evitar que fuera condenado el rey y salvar –solamente sirvió para postergar unos años lo inevitable– el hundimiento de la monarquía.

El manifiesto de Primo –un texto zafio, de corto vuelo, esperpéntico– concluía con esta gazmoña admonición: “De la cordura de todos, depende la pronta vuelta a la normalidad”. Ni Unamuno ni Blasco Ibáñez, ni los demás componentes del grupo de París, eran cuerdos para el autoproclamado cuerdo Primo. Pero nadie debía llamarse a engaño: esa cordura de ese Primo era empleada como sinónimo de sumisión a su Dictadura.

Blasco Ibáñez no entró en el trazo de esa falsa apelación a la cordura y disparó al casco, al rey. Pero Primo y los demás generales de aquel “movimiento de hombres” tampoco se libraron de algunos disparos. Como prueba, este botón:

Ahora, el ejército español, gracias a Alfonso XIII y a los generales derrotados del Directorio, vive fuera de sus tradiciones en una actitud que resulta antipática para el mundo entero. El país y el ejército deben ser la misma cosa y quererse mutuamente. En la actualidad se aborrecen, y el uno pesa sobre el otro. El pueblo no puede amar a un ejército que le priva de sus libertades. Esto deben pensarlo a todas horas los españoles de buena voluntad que visten uniforme.

⁶¹ Cfr. Expediente Picasso. Documentos relacionados con la información instruida por el señor general de división D. Juan Picasso sobre las Responsabilidades de la actuación española en Marruecos durante julio de mil novecientos veintiuno, Prólogo de Diego Abad de Santillán, México, 1976. Se puede consultar por internet.

⁶² Cfr. la nota 16.

⁶³ La edición de Abad de Santillán –cfr. la nota 61– reproduce la publicada en Madrid, editorial Javier Morata, 1931.

Los generales de indiscutible competencia a los que he aludido antes no deben mantenerse en una protesta pasiva. Esto significa para ellos un suicidio moral, la anulación de su nombre en el porvenir. La historia no querrá creer nunca en sus méritos, si continúan sometidos como subalternos a la dictadura del más incompetente de los militares, solo porque lo protege el más incompetente de los reyes.

Resulta vergonzoso para jefes de limpia y gloriosa historia estar sosteniendo con su silencio al sobrino de su tío [Primo de Rivera], que hasta hace dos años era en el ejército uno de tantos –notable únicamente en tácticas alcohólicas y prostibularias–, y metido ahora a estrategia soborna al enemigo para que le permita retirarse. Si esto sigue, la opinión futura juzgará a estos generales ilustres como inferiores al Primo de las derrotas⁶⁴.

Los disparos al casco, que estaban dirigidos a “desenmascarar” dentro y fuera de España al rey, tenían puesta la mirilla en sus negocios sucios. Blasco Ibáñez argumentaba que como Alfonso XIII no tenía “la seguridad completa de que continuará siendo rey hasta su muerte, apela a los negocios para juntar una fortuna rápidamente. Por esto ha arriesgado muchas veces el prestigio de la monarquía comprometiéndose, con la ligereza propia de su carácter en todos los negocios que le proponen”⁶⁵. En esas más que cuestionables transacciones aportaba su influencia personal. Actuaba, en suma, como un influyente comisionista que no hacía gala de tener demasiados escrúpulos⁶⁶. Últimamente, se está utilizando mucho en España un nuevo verbo: *borbonear*. Uno se pregunta a cuento de qué.

Blasco se hacía eco, asimismo, de los rumores de que el rey poseía acciones de la fábrica de automóviles Hispano-Suiza, de la compañía de navegación Transmediterránea y del Metropolitano de Madrid, cuya concesión se otorgó ilegalmente. Era público y notorio –Blasco se limitaba a recordarlo en su folleto– que el rey mantenía estrechas relaciones con personajes como el francés monsieur Cornuché⁶⁷ y el belga monsieur Marquet, que tenían negocios de juego en los

⁶⁴ *Lo que será la República*, Obras completas, VI, op. cit., pág. 935.

⁶⁵ *Una nación secuestrada*, op. cit., pág. 873.

⁶⁶ Cfr. Guillermo Gortázar, *Alfonso XIII, hombre de negocios: persistencia del Antiguo Régimen, modernización económica y crisis política: 1902-1931*, Madrid, Alianza Editorial, 1986; y José María Zavala, *El patrimonio de los Borbones: la sorprendente historia de la fortuna de Alfonso XIII y la herencia de Don Juan*, prólogo de Stanley G. Payne, Madrid, La Esfera de los Libros, 2010.

⁶⁷ En *ibid.*, págs. 874-875, asegura Blasco que monsieur Cornuché fue quien le “organizó como una apoteosis su viaje a Deauville [de] hace tres años [1921]”. Y añade Blasco: “Hay que recordar cómo fue este viaje. Las tropas españolas habían sufrido meses antes una de las derrotas más inauditas que se conocen en la historia de las guerras coloniales. Únicamente la del general italiano Baratieri en Abisinia puede compararse con ella. Mil quinientos españoles estaban prisioneros de Abd-el-Krim. Hay que saber lo que significa ser prisionero de los rifeños. Para muchos hombres es peor esto que caer en manos de una tribu de antropófagos de Oceanía. Resulta preferible la muerte a sufrir los ultrajes y vilipendios que infligen a los prisioneros europeos estos bárbaros que han heredado las corrupciones antinaturales de lejanos siglos.

En dicho periodo yo me sentía triste a todas horas al pensar que muchos centenares de compatriotas míos estaban en el peor de los cautiverios, sufriendo toda clase de penalidades y atropellos.

Y fue en este momento cuando el rey de España, aceptando una invitación de Cornuché, marchó a Deauville para que apreciaran su hermosura graciosa en la ‘Potinière’ y en el Casino, oyéndose llamar ‘simpático’ por un sinnúmero de damas pintarrajeadas que formaban su cortejo admirativo.

No quiero creer que Alfonso XIII al realizar tal viaje tuviese en su memoria a los españoles prisioneros. Le hago el favor de pensar que se había olvidado de ellos y si obró de un modo tan monstruoso fue con la inconsciencia propia de su carácter frívolo. Pero de todos modos, el espectáculo resultó tan inaudito que muchos periódicos de diversos países censuraron al rey de España y los cancioneros de Montmartre le hicieron objeto de sus sátiras, teniendo que intervenir oficiosamente el embajador español en París para que no se hablase más de Alfonso XIII, héroe de la ‘Potinière’ de Deauville en canciones y revistas.

El heredero de Fernando VII le tomó gusto a visitar los dominios de M. Cornuché. Éste explota en verano Deauville y, en invierno, Cannes. [...] Pero en España hubo un movimiento de indignación, tal vez más en las clases superiores que en las inferiores, que ignoran lo que es Deauville y lo que es Cannes. Hasta en la Cámara de Diputados hablaron las oposiciones del próximo viaje del rey al Casino de Cornuché en la Costa Azul, y aquel tuvo que desistir.

Tal vez murmuró entonces como su abuela, la sentimental Isabel II, cuando en plena ancianidad la separaron de su último secretario [amante]:

– ¡Qué oficio el de rey! ¡Siempre le contrarían a uno en sus gustos y placeres!.”

Casinos de San Sebastián, Deauville y Montecarlo. Eran, se decía, relaciones basadas en intereses mutuos, cuestionables e impropios de un monarca. Para colmo, se empezó a rumorear en Madrid que Alfonso XIII estaba considerando dar a monsieur Marquet algún título nobiliario, tal vez el de barón. Si tal fuera el caso, se decía en los mentideros madrileños, el título más apropiado sería el de barón del “Pleno”, del “No va más” o del “Negro y Encarnado”⁶⁸. Los rumores, que se fueron extendiendo en Bélgica, de que el rey de España iba a conceder un título nobiliario a un compatriota de esa calaña, provocó irritación y escándalo. Al rey y a su compinche no les quedó más remedio que desistir de su ocurrencia.

Otra relación que retrataba a Alfonso XIII, comisionista, era la que mantenía con otro buen pájaro, Pedraza. Denunciaba Blasco que este Pedraza, que había pasado tiempo en la cárcel, era o había sido agente de negocios del rey. De esta relación aducía pruebas Blasco Ibáñez: “El señor Pedraza, que estuvo en la cárcel de Barcelona por asuntos comerciales, ha enseñado telegramas y cartas firmadas *Alfonso R.* (Alfonso Rey), que es como éste firma”⁶⁹.

La gravedad de las acusaciones alcanzaban una dimensión aún mayor cuando aseguraba Blasco que el rey estaba “a sueldo de la casa Krupp y de todas las casas alemanas que quieran darle una buena propina”⁷⁰. Entre esas “propinas” estaban sus acciones –añadía Blasco– de la Compañía de Navegación Trasmediterránea, cuyos vapores transportaban las tropas y el equipamiento para la guerra de Marruecos. De ello resultaba, decía Blasco “que el rey tiene un interés financiero en que dure la guerra. Mientras más se prolongue, la Compañía Trasmediterránea hará negocios mayores y él podrá cobrar mayores dividendos”⁷¹.

Blasco, discípulo aventajado de lo que Zola escribió en “El dinero y la literatura”, hablaba con la seguridad de quien tiene una buena cuenta en el Banco, que se ha ganado con esfuerzo, inteligencia –la propia de un dotadísimo fabricante de novelas– y con honradez. Tenía autoridad moral, por tanto, para denunciar a quienes acumulan riquezas –como era el caso del rey– contraviniendo la ley. Esta explicación de cómo había él conseguido sus bienes y el desafío que lanzaba al rey –la explicación y el desafío estaban impelidos por lo que Valle-Inclán gustaba llamar “furor ético”– no tiene pérdida:

No soy tan rico como muchos creen, pero he conseguido, trabajando, una fortuna que resulta considerable para mí, gracias a la modestia de mis gustos y a la relativa sobriedad de mi existencia. Esta fortuna la he ganado toda ella con mi pluma, desde la primera peseta hasta la última. Puedo justificarla, dólar por dólar.

El producto de mis obras en español no lo cobro yo; hace años que lo cedí a mi familia, y toda mi fortuna actual la debo a los públicos extranjeros. Mi representante en los Estados Unidos, que es The Foreign Press Service, de Nueva York, puede presentar cuentas exactas de todo lo que he ganado en los países de lengua inglesa,

⁶⁸ Ibid., pág. 874.

⁶⁹ Ibid., pág. 876.

⁷⁰ Ibid., pág. 898.

⁷¹ Ibid., pág. 898.

con el volumen impreso y con adaptaciones de mis novelas para el teatro y el cinematógrafo. En Francia pueden ofrecer iguales cuentas mis editores Calmann-Lévy y Flammarion, y lo mismo harán mis otros editores en Italia, en Hungría, en Alemania, en Checoslovaquia, en Japón, etc. Estoy dispuesto a aceptar un tribunal, formado por los monárquicos más irracionales y más obtusos de España; los de más notoria brutalidad. Yo les presentaré un estado de lo que poseo (que no es poca cosa), y casas extranjeras de una respetabilidad universal justificarán todas las cantidades que me han dado por mis trabajos literarios, desde el primer dólar hasta el último.

Tengo la certeza de que Alfonso XIII y la mayoría de sus partidarios no tendrán el valor de hacer esta misma prueba. El actual rey de España no aceptará seguramente una revisión de sus cuentas particulares por un tribunal internacional compuesto de personajes de notoria imparcialidad. Tendría que explicar muchos ingresos extraordinarios, y así como yo presento a los editores que me pagan por mi trabajo, él se vería obligado a hacer mención de Pedraza, de Marquet, de la Trasmediterránea y otros consocios que no llegaron a «cuajar» por culpa de la resistencia de sus gobiernos, pero habían preparado negocios terribles para la nación⁷².

Apuntaba al mismo empeño de “desenmascarar” al rey, la acusación de que su irresponsable, torpe y nefasto protagonismo en la guerra de Marruecos condujo, en 1921, al desastre de Annual. Para Blasco Ibáñez, como para tantos otros españoles, era “la guerra española de Marruecos la más incomprensible y absurda que se conoce en la historia”. España –recordaba a continuación– había llegado a tener en Marruecos un ejército de más de cien mil hombres, no había obtenido jamás “una victoria decisiva” y había sido –otro palmarés negativo– “derrotado numerosas veces”⁷³. El colmo de ese palmarés negativo era el trágico desastre de Annual. Ese desastre ponía al descubierto, de manera brutal, la mala política del monarca y de aquellos en quienes delegaba la responsabilidad de gobernar. A todos ellos, encabezados por el rey, se les había pasado por alto que España era un país pobre, que, gracias a la guerra europea de 1914, había conseguido llenar las arcas de divisas en oro. Terminada la Primera Guerra Mundial, la economía española dejó de vender a los países que habían estado en guerra. Por un lado, entró, por tanto, la economía del país en crisis y, por otro, cegatos y manirroto, el rey y quienes gobernaban en nombre suyo, disiparon esa riqueza sobrevenida, y la que no tenían, en una guerra en el Norte de África para la que el ejército no estaba preparado y nada había que ganar y mucho que perder...

España, un país pobre, sí, pobre, muy pobre –no se cansaba de recordar Blasco– consumía, metida en esa guerra, sus arcas, las agotaba y se volvía a endeudar. La deuda pública, en 1924, cuando estaba Blasco Ibáñez terminando de escribir su folleto contra Alfonso XIII, había aumentado a niveles insoportables, debido “principalmente a los gastos enormes de la campaña de Marruecos, empresa favorecedora de robos y despilfarros”. Y añadía: “La deuda seguirá avanzando progresivamente mientras no abandonemos Marruecos. Y a

⁷² *El novelista y el rey (Artículos publicados en España con honra)*, op. cit., págs. 910-911.

⁷³ *Una nación secuestrada*, op. cit., pág. 877.

tal abandono se opone Alfonso XIII, que ha convertido en cruzada religiosa una simple acción de protectorado”⁷⁴.

Blasco Ibáñez, que sabía muy bien donde tenía su mayor aceptación, y más contactos y complicidades –los países aliados⁷⁵–, dedicó bastante espacio en su libro a desenmascarar la germanofilia del rey. Cuando éste trataba con los aliados –asegura Blasco Ibáñez–, se declaraba fervoroso simpatizante de su causa y llegó, con ese ardid, a obtener del agregado militar de la embajada de Francia información sobre operaciones militares de los aliados que transmitía al agregado militar de la embajada de Alemania. El rey, convertido en espía, era, para Blasco Ibáñez, una suerte de Mata Hari, pero esa legendaria espía –apostillaba Blasco Ibáñez, como lamentando que no le esperara al rey el mismo final– acabó siendo fusilada⁷⁶.

La acusación de germanofilia contra el rey la utilizaba Blasco Ibáñez para adentrarse en las complicidades –eran rumores en boca de muchos– entre el rey, la policía y las bandas de alemanes –en particular, la del barón de Koenig–, que en Barcelona toleraron o cometieron, o las dos cosas, numerosos asesinatos⁷⁷.

España era, para Blasco Ibáñez, un país “corrompido moralmente por la monarquía, agitado por el separatismo, mal gobernado por unos ministerios que sólo podían pensar en su propia existencia”, por lo que marchaba “fatalmente a la ruina”⁷⁸. Sumado todo ello a las confrontaciones sociales, a menudo violentas, que no habían parado de ir acentuándose con el paso de los años, hizo al monarca optar por el refugio, para él, de la dictadura militar. Pero había otro remedio, que era, para Blasco y los que como él pensaban, el único remedio: que dejara el rey y la dictadura el paso libre a la República. Y Blasco necesitaba, llegado a este punto, explicar lo que es y será la República Española:

La República es la paz, es la escuela, es el respeto y la libertad de todas las opiniones, es el ejército verdaderamente nacional al servicio de la ley, sin aventuras y sin robos, con el militar conociendo bien su oficio; un ejército como los de Francia, de Suiza, de los Estados Unidos; ejércitos de república que han cumplido mejor sus deberes profesionales que el organizado corruptoramente por la monarquía española.

Dentro de la República, vivirán como adversarios corteses y tolerantes los españoles que hoy se hacen una guerra civil sin entrañas, justamente indignados por los atropellos y los crímenes de que han sido objeto. Las masas obreras, perseguidas brutalmente como bandas de animales feroces, se mostrarán iguales a las de otros países, defendiendo sus derechos pacífica y razonadamente dentro de un régimen de libertad, bajo una ley igual para todos. Las clases capitalistas no verán su dinero derrochado por la guerra ni tendrán que dar propinas corruptoras para emprender negocios de pública utilidad. El capital y el trabajo vivirán como en los grandes países civilizados. En ninguno de ellos se ha encontrado todavía la solución para sus antagonistas seculares, pero los conflictos económicos se van resolviendo en una forma culta y no

⁷⁴ *Lo que será la República*, Obras completas, VI, op. cit., pág. 938.

⁷⁵ De ahí que se las ingeniera para que de su folleto *Una nación encadenada* salieran al mismo tiempo ediciones en español, francés y en inglés (con ediciones publicadas en Inglaterra y en Estados Unidos).

⁷⁶ Cfr. *Una nación secuestrada*, op. cit., pág. 870.

⁷⁷ Cfr. *ibid.*, pág. 868. Cfr. Eduardo Mendoza, *La verdad sobre el caso Savolta* (1975).

⁷⁸ *Una nación secuestrada*, op. cit., pág. 882.

por el asesinato, como lo ha venido haciendo la monarquía española. Los partidarios de la vida autonómica regional no tendrán que apelar a un separatismo que resultaría inútil y pernicioso para ellos mismos. Podrán vivir una existencia propia, como la viven los estados autónomos dentro de las repúblicas federales de Suiza y los Estados Unidos de América⁷⁹.

Pero para que todo ese programa, entre vago e ingenuo, y que poco o nada tenía de izquierdista⁸⁰, pudiera convertirse en realidad, era imprescindible, añade Blasco, que Alfonso XIII fuera “procesado”:

Alfonso XIII debe ser procesado al recobrar la nación su vida normal. Es de justicia. Veinticinco mil cadáveres de españoles, cuyos huesos blanquean sobre la tierra de África, lo exigen con la voz silenciosa del más allá.

Y los procesos de los reyes, cuando éstos no se alejan previamente, acaban a veces de un modo trágico.

De esto saben algo la Inglaterra de Cromwell y la Francia de la Convención⁸¹.

Blasco, excelente publicista, tenía una gran capacidad para articular mensajes que tenían la finalidad de transmitir verdades que, erigidas en ideas-fuerza, debían ser aceptadas como indisputables. Todo lo escrito por él contra Alfonso XIII y el Directorio era un constructo que llevaba la firma-verdad del autor Blasco, quien confería a su relato el estatuto de verdad. Una verdad, la del autor Blasco, se oponía a una mentira, la del monarca y su dictador. Los folletos de Blasco tenían un doble objetivo: desenmascarar y restablecer la verdad.

En el artículo “La pluma y la Revolución”, publicado el 20 de diciembre de 1924 en el primer número de *España con honra*, se detuvo Blasco en la palabra verdad, que al final puso, siguiendo a su maestro Zola, en mayúscula:

La verdad nos acompaña y acabará por triunfar. Haremos que el mundo entero conozca lo que ocurre en nuestro país, y cuando la opinión universal proteste contra la tiranía militarista que tiene secuestrada a la pobre nación española, las armas no servirán de nada al rey ni a sus generales compañeros de despotismo. Ametralladoras y fusiles tal vez acaben por volverse contra ellos.

Creyeron que, arrebatando a España los medios de expresión hablada o escrita, ésta no sería oída por más que gritase dentro de su encierro, pidiendo socorro. Se equivocaron completamente. Somos muchos los que hemos oído sus voces y abandonando nuestro trabajo de los tiempos de paz dedicaremos nuestra voluntad y nuestras fuerzas a libertarla.

El intento de secuestrar a España ha resultado inútil. Puede repetirse en este mo-

⁷⁷ Cfr. *ibid.*, pág. 868. Cfr. Eduardo Mendoza, *La verdad sobre el caso Savolta* (1975).

⁷⁸ *Una nación secuestrada*, op. cit., pág. 882.

⁷⁹ *Ibid.*, pág. 902.

⁸⁰ Lo reconocía el propio Blasco en este pasaje de *El novelista y el rey* (*Artículos publicados en España con honra*), op. cit., pág. 908: “Dentro de la España de Alfonso XIII y Primo de Rivera aparezco como un terrible revolucionario, enemigo del presente orden económico, porque deseo tales reformas, lo que da la medida de hasta dónde llega la ignorancia bestial de tales gobernantes. Siendo ciudadano de Francia, de los Estados Unidos u otra República, resultaría yo un personaje casi conservador para muchos: un hombre de gobierno, igual a los que dirigen actualmente dichas naciones republicanas”.

⁸¹ *Una nación secuestrada*, op. cit., pág. 902. La traducción de este pasaje en la traducción del folleto francés –cfr. la nota 36– es casi literal. Pero no en la versión inglesa –cfr. la nota 37:

“But, lest I do him injustice, let him be brought to trial when Spain has resumed her normal existence! Yes, let him be brought to trial –not I alone, but the bones of twenty thousand Spaniards bleaching under the African sun, demand it!

When kings are brought face to face with their accusers they sometimes come to a tragic end, as England once proved to the world, and as France proved once again. Wise are the kings who profit by that lesson, and escape while there is yet time!”.

mento, con oportunidad y justicia, la frase célebre de Zola: “La Verdad está en marcha y nadie la detendrá”⁸².

La Verdad, en mayúscula, se halla instalada en esa alta atalaya de lo absoluto desde donde se detecta, desvela y combate la mentira. La Verdad es una suerte de san Miguel que termina venciendo al dragón-tirano.

Blasco era un fabulador mitógrafo. Su campaña contra el rey y el Directorio tenía la finalidad de destruir el poder de un rey que, como el dragón-tirano de Silca, infestaba con el hedor de la corrupción, que él exudaba, a toda España. La doncella, que antes de ser sacrificada al dragón-tirano de Silca le cuenta a san Jorge lo que está a punto de pasarle, hace que san Jorge se determine a enfrentarse al dragón y lo aniquila. Blasco-san Jorge enterado, tras volver de su viaje alrededor del mundo, de las tropelías del rey y su Directorio se decide a coger la pluma y construir con ella un relato-Verdad que, convertido en una lanza, hiera de muerte al dragón-rey. Y su mentira –la monarquía– sea suplantada, en adelante y para siempre, por la Verdad –la República–.

La mayúscula de la palabra Verdad, esa sola mayúscula, deja abierta la necesidad de proseguir un debate en torno al constructo que acabó siendo la recopilación de textos *Por España y contra el rey* que, si se lleva a cabo con palabras en minúscula, no está cerrado y puede dar mucho de sí.

Bibliografía citada

- ARCO LÓPEZ, Valentín del, “La prensa como fuente: España con Honra, un semanario contra la Dictadura de Primo de Rivera”, *Studia historica. Historia contemporánea*, núm. 6-7, 1988-1989, págs. 116-118.
- CARRETERO, José M^a., «El caballero audaz», *El novelista que vendió a su patria o Tartarín revolucionario*, Madrid, 1924.
- ESPLÁ RIZO, Carlos, *Unamuno, Blasco Ibáñez y Sánchez Guerra en París. Crónicas de París y otros escritos periodísticos; 1916-1930*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil Albert, 2002.
- Expediente Picasso. Documentos relacionados con la información instruida por el señor general de división D. Juan Picasso sobre las Responsabilidades de la actuación española en Marruecos durante julio de mil novecientos veintiuno*, Prólogo de Diego Abad de Santillán, México, 1976.
- GORTÁZAR, Guillermo, *Alfonso XIII, hombre de negocios: persistencia del Antiguo Régimen, modernización económica y crisis política: 1902-193*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.
- LACOMA Y BUXÓ, José M^a., barón de Minguela, *Por España y por el Rey. La verdad en su lugar*, Madrid, 1925.
- LEÓN ROCA, José Luis, *Vicente Blasco Ibáñez*, Valencia, Ajuntament, 1997.

⁸² El novelista y el rey (Artículos publicados en España con honra), op. cit., págs. 905-906.

- MADRID, Francisco, *Los desterrados de la Dictadura*, Madrid, Ed. España, 1930.
- MARCO MIRANDA, Vicente, *Las conspiraciones contra la Dictadura, relato de un testigo*, Madrid, Hijos de Tomás Minuesa, 1930.
- MARTÍNEZ DE SÁNCHEZ, Ana María, *Vicente Blasco Ibáñez y la Argentina*, Valencia, Ajuntament, 1994.
- PÉREZ DE LA DEHESA, Rafael, «Zola y la literatura española finisecular», *Hispanic Review*, 39, enero de 1971, págs. 49-60.
- PÉREZ, Darío, «Blasco Ibáñez, político», *In memoriam. Libro-homenaje al inmortal novelista V. Blasco Ibáñez*, Valencia, Prometeo, 1929, págs., 130-138.
- PRECIOSO, Artemio, *Españoles en el destierro*, Madrid, Vulcano, 1930.
- ROSAS Y REYES, Román, *Las imposturas de Vicente Blasco Ibáñez. Verdades sobre México. Refutación política de la obra intitulada El militarismo mexicano*, Barcelona, Librería Sintés, 1922.
- SORIANO, Rodrigo, *Bajo el sable. La Dictadura (Treinta años de combates)*, Buenos Aires, Claridad, 1933(?).
- ZAVALA, José María, *El patrimonio de los Borbones: la sorprendente historia de la fortuna de Alfonso XIII y la herencia de Don Juan*, prólogo de Stanley G. Payne, Madrid, La Esfera de los Libros, 2010.